MIGUEL HERNÁNDEZ, HOMBRE DE PAZ EN LA GUERRA

Por
JULIÁN-ANTONIO RAMÍREZ HERNANDO
Asociación de Estudios «Miguel Hernández»

Mi intervención en esta Sesión difiere algo del texto enviado previamente a la Comisión Organizadora.

En primer término debo recordar que no pude resistir a la tentación de recoger una alusión hecha por el anterior ponente, Claude Couffon, cuando al hablar de las ediciones de las obras de Miguel Hernández en Francia, dijo que el primer libro de sus poemas llegado al vecino país lo había llevado un obrero madrileño que, a impulsos de la acción por la Libertad en España, hacía frecuentes viajes clandestinos de ida y vuelta a uno y otro lado de los Pirineos. Y mencionó el nombre de aquel oculto obrero: Benigno... Al oírlo, sentí una aguda emoción.

Efectivamente, yo había conocido bien a Benigno. Desde los tiempos de la guerra, cuando él era uno de los colaboradores del Presidente Negrín en aquellos afanes de la acción del no demasiado famoso 14.º Cuerpo del Ejército Popular, el de los Guerrilleros. Después, también coincidí con él, en Toulouse y en París, siempre que regresaba de aquellos viajes en uno de los cuales reservó un hueco en su delicadísimo equipaje para la poesía de Miguel Hernández.

Se comprenderá que, tras la evocación de tan singular y entrañable personaje por Claude Couffon, yo no pudiera resistir a la tentación de asociarme a su recuerdo... Sin pararme a pensar si ello podía o no resultar extemporáneo en el momento de iniciar la presentación de mi texto:

Quede bien sentado que no se trata de presentar ni defender ninguna Tesis de ningún tipo; que no hay, por mi parte, ninguna pretensión más o menos magistral.

No. No es más que el fruto –fruto súbito, basto, no elaborado, ni modulado, ni muy matizado– de una reflexión personal, y sin duda harto subjetiva, que traigo aquí por si de algo puede servir el testimonio de una vivencia contemporánea de la del poeta evocado.

Lo que sí puede interesar, creo, es tratar de saber en dónde, cómo y por qué ha brotado en mí este afán impetuoso.

Creo que es la mía una reacción, puede que algo temperamental o sentimental, ante las que me parecen deformaciones de rasgos esenciales de la figura de Miguel. Muchas veces, al comentar su vida y obra, involuntariamente o no, se insinúa la imagen de un hombre agitado por una exaltación que puede desembocar en lo irracional; una vehemencia rayana en la violencia; e incluso una agresividad que puede parecer poco pacífica.

De ahí a sugerir que, al fin y al cabo, Miguel hubiera tenido el final que él se labró... Es algo que me produce crispación y hasta irritación..., por considerarlo injusto en cuanto se refiere personalmente al poeta; y también porque lo siento como un agravio generalizado a cuantos junto a él nos vimos, a pesar nuestro, envueltos en aquella vorágine de sangre y lágrimas.

A nuestro pesar... (permítaseme, entre paréntesis, evocar una anécdota personal. Como en otras ocasiones, en una entrevista radiofónica relativamente reciente, el entrevistador me dice: «Llega 1936 y hace Vd. la guerra...». «No, no, perdón –replico– la guerra no la hice; me la hicieron. Más exactamente, no la empezé; me la empezaron. La guerra no la quise; la sufrí...»).

Es que siento una imperiosa necesidad de proclamar que las personas pacíficas de aquellas generaciones no podemos, no debemos asumir la responsabilidad de tales violencias... Y en este sentido quiero verme al lado de Miguel... Al lado de Miguel... ¿No sonará esto a desmedida petulancia?

Tendría que excusarme por ello; y sobre todo porque temo introducir en estos debates que todos deseamos serenos, desapasionados, elementos no ya de perturbación pero sí facetas y maneras al conjuro de las cuales pudiera olvidarse que

> estamos ante un poeta a quien se deben sistemas de lectura aproximados a los utilizados para otros.

Apruebo plenamente la inquietud que José Carlos Rovira expresa en el prólogo a su edición de 1978 del «Cancionero y Romancero de Ausencias», cuando dice, por ejemplo:

> Detrás de las palabras de Miguel Hernández hay una densa y amarga experiencia histórica que implica a todos y, por eso, éstas son útiles para continuar la dinámica sentimental de una sociedad truncada... Pero, aparte, sus palabras exigen niveles de comprensión y análisis que, sin desdramatizar nada, se enfrente con el texto literario precisamente en cuanto tal.

Sin ánimo, pues, de interferir ni menos entorpecer o cuestionar el análisis estricto de la obra literaria como tal, análisis que hacen los especialistas del tema..., que está haciéndose en este Congreso a las mil maravillas... (en este Congreso en el que algunos como yo vemos a cada paso lo mucho que aún tenemos que aprender...), permítaseme, aunque sea un breve momento, aún a trueque de parecer sospechoso de impureza..., permítaseme seguir la huella de la mencionada «dinámica sentimental», detenerme en rasgos humanos, tratando de despejar lo que, a mi juicio, puede definir al poeta como «hombre de paz en la guerra»...

No es fácil; justo es reconocerlo. Se siente cierta perplejidad. ¿No me habré «pasado» al enunciar el tema?... «Hombre de paz»... En pos de las pruebas que apoyen esta definición, en esa búsqueda, repasamos y volvemos a repasar la lista de las obras suyas publicadas durante la contienda, las que vieron la luz en aquellos años, del 36 en adelante... Y apenas encontramos en los títulos nada más que proclamas cuyo tono poco tiene de calma, de apacible:

«Sentado sobre los muertos», «Vientos del pueblo», «Los cobardes», «Rosario dinamitera», «Nuestra juventud no muere», «Al soldado internacional», «Ceniciento Mussolini», «El incendio», «Llamo al toro de España», «El soldado y la nieve», «El tren de los heridos», «Oficiales de la VI División», «Canción de la ametralladora», «Canción del antiavionista», etc., etc.

Títulos poco apacibles, en efecto... Pero conviene situarse en aquel contexto para intentar comprenderlo.

Un país que se busca a sí mismo, en el que una buena parte de sus habitantes cree encontrar una vía de superación, y tras ser arrastrado por una espiral de violencia cuyo origen debería aclarar la Historia, se ve abocado a un enfrentamiento incivil, preñado de crueldades... Muchos estimaron entonces que la defensa de tales perspectivas de superación era para ellos un deber elemental... Y que en esa defensa no cabían flaquezas, flojedades... Y que en medio de aquel fragor, incluso la utilización confusa o difusa del concepto de *paz* podría sonar a medrosidad, a renuncias...

Personalmente, doy fe de que ese era el ambiente.

En todo caso, no es menos cierto que bajo la capa de esa rugosa superficie de exaltación, en la obra de Miguel sigue latiendo un fondo de nobles ideales orientados hacia horizontes de paz. De alguna manera lo pone de manifiesto Leopoldo de Luis cuando en la presentación del capítulo «Viento del Pueblo» de la Obra poética completa editada en 1984, escribe que en los poemas de exaltación heroica,

> el poeta quiere poner al servicio de la lucha su vida misma y su canción, su verso, a los que usará como armas. Armas no mortíferas, según se ve, sino de generosa entrega. Armas que son más bien para morir que para matar.

«Cantando me defiendo / y defiendo a mi pueblo...» –proclama el poeta... Y el autor de la citada antología añade:

> Desde cualquier ángulo que se mire, hay que ver en la raíz de este libro un arrebatado amor a la tierra....

¡Sí! Ese amor a la tierra *en paz* fluye por todos los poros de estas páginas escritas al calor de la contienda armada. A veces emergen con visos de paradoja algo esperpéntica. Tal nos parece ver en alguna estrofa del curioso ya mencionado poema titulado «Los cobardes».

En otras ocasiones, la evocación de la paz perdida y siempre ansiada se presenta con rasgos inusitados, algo difusos, entre versos nerviosos como el crepitar de armas automáticas... Recuérdese la «Canción del antiavionista»:

> Que nadie duerme, nadie.
> Que nadie está despierto.
> Que toda madre vive
> pendiente del silencio,
> del «ay» de la sirena
> con la ansiedad al cuello,
> sin voz, sin paz, sin casa,
> sin sueño.

Un canto constante a la vida en paz, frente al diluvio que cayó «sobre un pastor sediento»... Tal es la vena que recorre el fondo de su obra. Hasta que va a culminar en la preocupación y el dolor que se acumulan en *El hombre acecha.* Como el mismo Leopoldo de Luis, en su presentación del *Cancionero y Romancero de Ausencias,* recuerda:

> ...la guerra dolía aún, y el poeta, como tantos y tantos, se apenaba en los frentes, lejos de los suyos. La ausencia suya, y con la suya la de todos, se alza contra la guerra y sus estragos.

Una vena preñada de nostalgia... Nostalgia –repetimos– de la paz arrebatada y continuamente anhelada... Una vena que resurge el hilo de cada verso... Y que se va hacien-

do firme y clara esperanza, aunque fuere algo utópico... Habría que releer íntegramente su «Juramento de la alegría» que culmina así:

Tiene el mundo otra cara. Se acerca lo remoto
en una muchedumbre de bocas y de brazos.
Se ve la muerte como un mueble roto,
como una blanca silla hecha pedazos.

Salí del llanto, me encontré en España,
en una plaza de hombres de fuego imperativo.
Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña...
Me alegré seriamente lo mismo que el olivo.

Olivo simbólico de paz... Ansia, impetuosa ansia de paz para vivir gravita sobre las palabras de Miguel en aquellos tremendos momentos. Ansia que llega a lo más hondo, que cobra su más sublime expresión en la inolvidable «Canción del esposo soldado»:

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera;
he llegado hasta el fondo.

(...)

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera;
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano.
Y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

(...)

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

Para el hijo será la paz que estoy forjando... Estoy forjando la Paz... ¿Cabe acaso formulación más clara de las profundas intenciones del hombre?

De atrás le viene –aunque no de muy lejos, dada la brevedad de su vida– tal impulso. Un impulso que, más o menos contenido, late en el fondo de su obra anterior; que brota a lo largo de su canto a la Naturaleza en muchos de los poemas que compuso antes de la guerra... Que estalla rutilante en los últimos versos del «Silbo de afirmación en la aldea»:

Aquí la vida es pormenor, hormiga,
muerte, cariño, pena,
piedra, horizonte, río, luz, espiga,
vidrio, surco y arena.

(...)

Con una paz de aceite derramado,
enciende el río un lado y otro lado
de su imposible, por eterna, huida.

Lo que haya de venir, aquí lo espero
cultivando el romero y la pobreza.

Aquí de nuevo empieza
el orden, se reanuda
el reposo, por yerros alterado,
mi vida humilde, y por humilde, muda.

Volviendo, para concluir, al enturbiado ambiente de los años de guerra, no es posible dejar de lado un entusiasmo inequívoco a este respecto, explícito, concreto, preciso: es el que aporta Concha Zardoya cuando comenta la controvertida experiencia hernandiana de teatro en la guerra, un teatro «hirviente y breve» –como él decía en el prólogo de la edición de aquellas cuatro piezas de circunstancias–...

(singular aventura –demasiado olvidada, tal vez– aquella de las «guerrillas del teatro» en la zona republicana).

...Pues bien, según Concha Zardoya, «escribía, sí, un teatro de circunstancias, pero Miguel Hernández soñaba con otro teatro que su temprana muerte le impidió crear: "Cuando descansemos –decía el poeta– cuando descansemos de la guerra, y la paz aparte los cañones de las plazas y los corrales de las aldeas españoles, me veréis por ellos celebrar representaciones de un teatro que será la vida misma de España, sacada limpiamente de sus trincheras, sus calles, sus campos y sus paredes"».

Cuando la paz aparte los cañones... Un anhelo, una esperanza evidentes, constantes en él.

Testimonios de similar sentido se encuentran en muchas de las piezas que jalonan sus expedientes judicial y carcelario a lo largo del inicuo proceso a que, después de la guerra, se le sometió. No son sino tímidas lucecitas que apenas pueden matizar la negrura de tanta carga de crueldad y ensañamiento como la que se debatió sobre los militantes vencidos... Pero producidos en tales circunstancias, también pueden suponer un valor apreciable a la hora de restablecer una justa ponderación en la imagen que se evoca.

Ahí está el texto del encargado de la Editorial Espasa-Calpe, empresa para la que trabajaba Miguel en 1936, en colaboración con José María de Cossío: «... podemos manifestar que su conducta ha sido en todo momento correcta...» –dice del poeta el representante de su empleador al responder a los investigadores oficiales.

Hay también un informe, fechado a mediados de julio de 1939, del por entonces Alcalde de Orihuela, en el que se dice que Miguel era... «francamente de izquierdas, más aún marxista, incapaz por temperamento de acción directa en ningún aspecto»...

Tras una larga declaración indagatoria de la misma época se le imputa el ser «un escritor antifascista», «al servicio de la causa del pueblo», y se ve en su obra «exaltaciones de los rasgos nobles de la causa marxista».

Incluso la Dirección General de Seguridad, en un oficio de respuesta al requerimiento del Juez Instructor, justifica la excarcelación de Miguel el 15 de septiembre de 1939, ordenada por el Gobernador Civil de Madrid al creer que se trataba de un detenido gubernativo, sin responsabilidades penales, y teniendo en cuenta los buenos informes recibidos sobre el mismo, ya que el «interfecto» es una persona de moral intachable..., de orden e inofensiva, y «toda vez que en su expediente no había nada desfavorable concretamente como no fuera el haber sido escritor de izquierdas»...

Bien es verdad que, sin embargo, la misma Dirección General ordena la busca, detención e ingreso en prisión de Miguel... Orden que allana el camino hacia la muerte prematura del poeta.

Puede que éstas y otras notas similares, a pesar de las circunstancias dramáticas en que se produjeron, parezcan de poco peso... Lo que no se puede negar es que uno de los mayores afanes de Miguel Hernández fue la consecución y la defensa de la Libertad..., que, según proclamó el Profesor Tierno Galván en el discurso inaugural del monumento de Madrid al poeta, Miguel «estuvo seducido, alucinado por la Libertad»... Recuérdense los versos de aquel poema titulado «El herido», escrito «para el muro de un hospital del sangre»:

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho; dan espuma mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

«Lucho para la libertad»... Y bien –pienso– ¿no son consustanciales, inseparables, los conceptos de libertad y paz? ¿Cabe libertad sin paz? ¿Es aceptable la paz sin libertad?...

¡Todo es tan relativo en el fondo de tales disquisiciones! Aún lo parece más en estos tiempos de confusión y renuncias...

Pero, al fin y al cabo, ¿qué es un «hombre de paz» (Hombre o mujer, claro: persona) ¿Acaso el ser de paz implica necesariamente ser blando, resignado, sumiso?...

Aquí me viene a la mente otro recuerdo personal: recién terminada la Segunda Guerra Mundial, a finales de la década de los cuarenta, se reúne en París, Sala Pleyel, el I Congreso Mundial de Partidarios de la Paz. Asisto al mismo como uno de los delegados de la Asociación de Periodistas Españoles Republicanos en el Exilio. En cierto momento me encuentro en un saloncito de entre bastidores. Por allí andan Fréderic Joliot-Curie, científico de renombre universal; Paul Robeson, el cantante negro norteamericano; Pablo Neruda; Antahualpa Yupangui, etc., etc. Aparece Picasso. Acaba de nacerle una hija. La llamará Paloma. Sale a relucir el tema de su dibujo que fue el cartel de aquel Congreso. La famosa primera Paloma de la Paz de Picasso. Todo son plácemes... Poco después, otro de los asistentes a la escena me dice: «No es una paloma. El modelo del dibujo era un pichón, un palomo macho. La persona que le regaló el animal (otro gran pintor: –no sé si Matisse o Braque–) lo ha reconocido»... Parece que Picasso no negó que el modelo fuese un palomo macho. Pero añadió un comentario que hoy podría sonar a trasnochado y desapacible, en el que se hacía juegos de palabras fuertes a propósito de la más o menos necesaria «hombría» en la lucha por la Paz.

Evoco esta anécdota, sin garantizar plenamente su veracidad, por estimar que ayuda a mantener la propia convicción de que las vehemencias de Miguel parecen muy compatibles con su profundo amor a la Paz.

Para corroborarlo no podríamos concluir sin recordar uno de los poemas escritos en la cárcel por Miguel Hernández en las postrimetrías de su combate, de su prisión, de su vida:

Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.

Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.

Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.

Y termino, convencido de que no aporto nada al conocimiento de la figura de Miguel Hernández. Otros lo hacen mejor. Puede que yo no haya hecho más que pelearme con mis propios fantasmas. Ruego me excusen. Pero lo que sí quiero es repetir, aunque de manera un poco simplista e ingenua, que considero a Miguel Hernández hombre de paz en la guerra.